

que no ha hollado la planta de misionero alguno.

Hay allí grandes imperios, tribus numerosas, y jamás un rayo de luz evangélica ha brillado sobre estas regiones desheredadas.

Dios manifiesta claramente que quiere atraer la Africa al beneficio de la fé.

La Argelia se ha vuelto francesa y Túnez se ha colocado bajo el protectorado español. La Iglesia propaga las ideas de la civilizacion europea que está formada toda por el cristianismo. Marruecos se agita por aproximársele: y día vendrá ciertamente bien pronto, en que se verán caer las barreras que hacen de él un imperio cerrado por el fanatismo musulman. Al Este, al Oeste y al Sur se hace como un asalto general á este continente, tan largo tiempo abandonado.

Por todas partes se ven levantarse pabellones, y más de una vez dos ó tres naciones se disputan la prioridad de ocupacion de aquellas riberas desdeñadas y desconocidas algunos meses ántes. Todo el mundo se dirige á Marruecos; España se establece sobre la costa vecina de las Canarias; la Italia querría á Trípoli y guerra sobre el litoral del Mar Rojo; la Inglaterra piensa en dos grandes imperios; el uno en el golfo de Guinea, el otro al sur del continente; la Alemania extiende su mano sobre las Canarias, sobre Cimbebasia, y al Oriente sobre una considerable extension; Portugal despierta sobre las dos costas opuestas en Loanga y en Mozambique, y busca como dar vida á éstas sus viejas posesiones; la Bélgica casi ha iniciado este movimiento formándose un vasto imperio sobre el Congo. La Francia no se ha quedado atrás, la Argelia es su joya y Túnez está lleno de recuerdos romanos; por el Senegal ella tendrá bien pronto una flotilla sobre el alto Níger, y Tombouctou sufrirá forzosamente su influencia; del lado del Gabon atiende hasta el Congo, en donde Savorgnan de Brazza, por su energía y su perseverancia, unidas á la justicia y á una paciencia sin rigor, gana en nuestro favor á las poblaciones.

Ahora bien: ¿podrá suceder que este movimiento que empuja á los pueblos civilizados hácia las comarcas bárbaras no sea un medio de que Dios se quiere servir para hacer brillar la luz del Evangelio sobre ellas?

Los hombres se agitan; pero quien los mueve es Dios. El dió el imperio del mundo á la antigua Roma para preparar el advenimiento y la difusion del reino de su Cristo. El hizo descubrir la América para dar á su Cristo, sobre esa tierra nueva, una compensacion por las defecciones de la vieja Europa. Hoy, un movimiento entusiasta en nombre de la ciencia y de la colonizacion, empuja como irresistiblemente á los pueblos de Europa hácia el misterioso continente del Africa. Es que Dios quiere conducir á su Cristo á esos pueblos innumerables, hasta aquí sumidos en la miseria y en la más extrema degradacion.

Si: Dios es bueno tambien para los negros. Ellos son sus hijos lo mismo que nosotros; son nuestros hermanos. Pensemos, pues, en tenderles una mano que los eleve y que los acerque al Dios que tenemos el privilegio de conocer bien.

¡Caridad y generosidad! ¿Es mucho pedirlos?

Pero aún hay otro motivo que nos atrevemos á exponer delante de vosotros: ¡Expiacion y justa reparacion! Estas dos palabras os sorprenderan, pero no son sino demasiado verdaderas. La horrible institucion de la esclavitud moderna está toda ligada á los cuatro últimos siglos de la historia de Africa. Es casi el único punto de contacto que existe desde esa época entre la Europa y el Africa. Los blancos habían imaginado hacer trabajar el suelo de sus colonias por la raza negra, y para conseguir su objeto pidieron á los jefes africanos, sobre todo de la costa de Dahomey, que les vendieran esa mercancía humana. Ellos excitaron su codicia y los empujaron á hacer la caza del hombre, para proporcionar á los blancos esta carga tan buscada en cambio de algunas cargas de tela ó de algunas otras baratijas. Casi todos los Estados de la Europa cayeron en estas irri-

tantes injusticias. Por proteger la trata de los negros, la Francia, la Inglaterra, el Portugal y la Holanda levantaron fuertes en Whydah, en el reino de Dahomey, sobre esta costa tan frecuentada por los mercaderes de carne humana y y que lleva áun hoy día un nombre que indica la deuda con que estamos ligados: el nombre de *Costa de los Esclavos*.

Durante trescientos años, y más, la barbarie de los tratantes, que un Papa ha llamado "el oprobio del nombre cristiano," ha desolado estas costas del Africa.

Se ha calculado que de 1768 á 1827, es decir, en menos de sesenta años, y no muy remotos de nosotros, el número de negros arrebatados á su patria, llegó á siete millones y cuarenta mil. ¿Qué cifra será necesario agregar á ésta, ya bien enorme, para establecer justamente el balance de este indigno comercio, remontándonos á los siglos anteriores hasta llegar á la primera licencia de trata, expedida por Carlos V en 1538?

La estadística es vaga, pero aterradora.

Y no tiene límite la responsabilidad de los blancos á los ojos de los negros. Los blancos son los que han hecho nacer esa caza del hombre, esos arrasamientos terribles en los cuales el rey de Dahomey y otros jefes arrebataban y arrebatan aún la poblacion de las pequeñas villas y áun de ciudades enteras, para tener mercancía humana en la cantidad que baste para la demanda.

Desde hace algunos años, lo sé muy bien, nosotros hemos renunciado á este comercio infame; pero si la caza del hombre y los arrasamientos no se hacen ya para la exportacion á las colonias, han quedado, sin embargo, como una costumbre para el interior del Africa. Esa mercancía no se exporta ya para Dahomey ni para la Costa Occidental; pero es conducida en esos largos convoyes, cuya descripcion hace estremecer de horror, á través de las rutas del interior hácia todos los puntos donde hay compradores; y hácia el Oriente ó la Arabia se encuentra aún en su apogeo la venta de este efecto, grandemente lucrativo para el negociante.

Hemos tenido la pena de presentar ante vuestros ojos la responsabilidad de la raza blanca á los ojos de los ofendidos negros. Pero pensamos que quereis reparar la injusticia de nuestros padres hácia la raza negra. Nuestros padres la han hecho esclava contra todo derecho divino y natural. Ellos han arrancado violentamente á los negros de su mujer, de sus hijos, de su patria; los han condenado á un trabajo duro y forzado, á perpetuidad; han iniciado é introducido esos negocios sobre toda la superficie del Africa. ¡Y bien! Nosotros los blancos, descendientes de los autores de tanto mal para la raza negra, queremos reparar la injusticia de nuestros padres.

Nuestros padres les han arrebatado la libertad natural; nosotros queremos volvérsela, y con ella la libertad, mil veces más preciosa, de hijos de Dios.

¡Sí, hermanos nuestros, blancos europeos y americanos, ese es un verdadero bien. Y Dios perdonará los crímenes de nuestros padres en virtud de nuestros esfuerzos para repararlos; pero es necesario juntar la obra con la palabra. Nadie podrá decir que ninguno de sus padres durante cuatrocientos años no ha participado de cerca ó de lejos de este comercio de la raza blanca sobre la raza negra.

No vacilamos en creer que Dios, haciendo nacer la Obra de la Propagacion de la Fé, ha querido darnos un medio bien fácil de pagar la deuda de nuestra raza hácia esos pobres negros. Pero es necesario que la Obra llegue á ser general, porque sólo de ese modo responderá á los designios de Dios, que la ha hecho nacer, y á la necesidad que hay de evangelizar á los pueblos. Hemos oído algunas veces á ciertas personas que se desdeñaban de dar la cuotizacion de la Obra, porque "es tan mínima, decían, que no vale la pena."

Pero nadie los obliga á no dar más. Dios ha hecho la Obra para que los pequeños puedan tomar parte en ella, y de hecho, son ellos los que hasta aquí han dado casi solos esas sumas que han producido tanto bien como el que ántes hemos señalado.

La concurrencia de las escuelas de los hermanos y de las hermanas, y tambien de los maestros y maestras cristianas, compuesto de obreros y de obreras que, literalmente hablando, ganan el pan con el sudor de su frente; esta falange generosa es la que sostiene al apóstol por medio de su limosna y de su oracion. Ellos tambien son los que leen con regularidad y con el interés más vivo los *Anales de la Propagacion de la Fé*, confortándose con esa lectura y frecuentemente sus ojos se llenan de lágrimas con las narraciones de lo que ha pasado los paganos que se han convertido, los cristianos que se han formado. Más de un jóven repasa mil veces en su espíritu lo que ha leído en el libro de la Propagacion de la Fé y acaba por decirse: *Yo tambien, yo quiero ser misionero, convertir salvajes, levantar una ó dos iglesias en los países bárbaros*, y esta idea le sigue por doquiera. Invita á sus compañeros á leer los libros que cuentan tan bellas cosas, y así los *Anales de la Propagacion de la Fé* despiertan vocaciones de apóstoles.

Deseo nuestro es que la clase más elevada, la más instruida, tomara una parte activa, importante, en una palabra, digna, en la *Obra de la Propagacion de la Fé*.

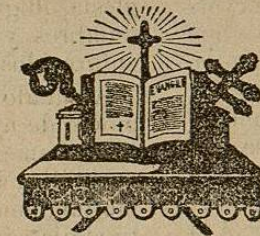
Los protestantes nos ofrecen un bello ejemplo de celo en este punto. Ellos dan para extender su doctrina errónea, mucho más de lo que dan los católicos para propagar la verdad de Jesucristo, íntegra y verdadera. Muy bien sabemos que las misiones católicas producen más frutos que las misiones protestantes, pero este bien hay que atribuirlo á la gracia de Dios. De Dios es la gloria de estos sucesos, porque los recursos humanos son bien débiles en manos de los misioneros católicos. Atrevámonos á afrontar la comparacion de la generosidad de los católicos para extender el Evangelio entre los pueblos paganos, con la generosidad de los protestantes. Y bien: la Francia da por año para la Propagacion de la Fé, 4.255,658 francos y tiene 36 millones de católicos. La Inglaterra tiene 26 millones de protestantes, y da para sus misiones, 50 millones de

francos anualmente, diez veces más que la Francia. Los católicos del mundo entero dan menos de 7 millones de francos y los protestantes dan 130 millones por año. No es posible cambiar las cifras del pasado: pero quisieramos que se cambiaran las del porvenir. Vosotros todos deseais que Jesucristo sea conocido, adorado, amado, no solamente por un pequeño grupo de fieles sino sin excepcion ni límite de tiempo y de lugar por todos los hombres. Y bien: ésto no será sino por la predicacion del Evangelio á toda creatura. Considerad que hay almas á millares que del todo le desconocen. Estas almas son como las nuestras, capaces de luz, de fé, de amor, de santidad. Ellas han sido como nosotros, creadas para conocer á Dios, para servir á Dios y para ganar en la vida eterna la eterna posesion de Dios. Pero la luz les falta, les falta el bautismo, les falta el Evangelio de Jesucristo.

Están en la afrentosa noche del paganismo, el dominio de las más inmundas y más crueles inspiraciones del Demonio. Nó, nó, vosotros no leereis en los Anales de la Propagacion de la Fé las relaciones del reinado de Satán sobre las naciones infortunadas que tiene bajo su imperio, sin extremecer, sin sentirnos movidos de una piedad inmensa, y sin exclamar: ¡oh Dios! ¿hasta cuando se acabará este reinado de Satanás y será reemplazado por el dulce reinado de Jesucristo? Vosotros si lo quereis, (y lo quereis sin duda) direis á Dios con los asociados de la Propagacion de la Fé: "¡Qué vuestro nombre sea santificado! que venga á nos vuestro reino!" A la oracion juntareis la accion y todas las piadosas industrias del celo para ayudar á las misiones. Si podeis dareis las mayores cantidades que os plazca. Haced conocer la Obra de la Propagacion de la Fé; decidid á los indiferentes y á los vacilantes á que se asocien á ella, y habreis atraído por esta obra, sobre vuestra cabeza, los tesoros de las bendiciones divinas y el eterno reconocimiento de las almas y de los pueblos llevados á la fé, á la esperanza y á la caridad de Nuestro Señor Jesucristo.

# COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

ANT. IMP. DE N. PARGA.

RESP. FRANCISCO ZUÑIGA.

TOM. VI.

GUADALAJARA, JUNIO 8 DE 1890.

NUM. 35.

## SECCION I.

### CARTA

DE SU SANTIDAD EL SR. LEON XIII  
AL SR. OBISPO DE URJEL.

Venerable Hermano: Salud y bendicion apostólica.—Así como nos ha sido por extremo grata, así estimamos igualmente acomodada á las presentes circunstancias la carta que has dirigido al clero y pueblo á tí confiados, que nos ha sido transmitida por manos de nuestro amado Hijo el Cardenal Ministro de Estado, en la cual, siguiendo las huellas por Nos marcadas en varias Cartas Encíclicas, y muy en particular en la *Sapientiae christianae*, has exhortado á los católicos españoles á que, dando de mano á las discordias que los traen en opuestos bandos divididos, vengan á una perfecta concordia de pensamiento y accion.

Porque es en verdad deplorable que de algunos años acá, engañados muchos de ellos, y divertidos por aficiones de partidos ó banderías políticas no ménos que por humanos intereses, hayan descendido á la arena para combatir unos con otros bajo la direccion y mando de unos pocos que abusan de la eximia religiosidad de ese pueblo, para humillar á los adversarios con los que se hallan en disonancia en materias políticas para satisfacer codicias y privadas aspira-

ciones y para convertir en propia sustancia las cosas que son de Dios.

Cual sea el espíritu de que se hallan dominados esos jefes en su modo de obrar, lo demuestra el hecho de que se arroguen en la Iglesia el ministerio de la enseñanza, pronunciando su fallo acerca de la fé y la sana doctrina de sus hermanos; que no quieren ayuntarse en las empresas que á la Religion interesan con aquellos que tienen enfrente ni aun dentro de los mismos templos; que se llenan cada día recíprocamente de públicos ultrajes por medio de la prensa periódica; que desnaturalizando y torciendo el sentido de documentos de suyo nada equívocos, en los cuales reprueba su conducta la potestad eclesiástica, los aplica á su propio parecer y dictámen; que al ser severamente amonestados no cesan de buscar sagazmente escapes y efugios, tergiversándolo todo á su modo; finalmente, que desconfiados y recelosos con sus Pastores, aunque de palabra manifiestan acatamiento y reverencia, más de obra y de verdad menosprecian su autoridad y direccion.

Ciertamente se deduce de lo expuesto que estas contiendas y solapadas enemistades, enteramente indignas de la condicion de cristianos, no sirven para el fomento de la religion y de la verdad (segun se pretexto), sino para otros propuestos fines. Por lo cual, si despues de tan extraordinaria solicitud inútilmente empleada por Nos y por los Obispos para desviarlos de una senda erizada de es-